

EN EL AÑO DE LA MISERICORDIA CONSTRUYAMOS FRATERNIDAD EN UNA SOCIEDAD FRAGMENTADA

Introducción: una ética, una teología y una pastoral contextual

Nuestra sociedad presenta grandes fracturas, dolorosas fracturas que se profundizan en medio de crisis globales y regionales. Parafraseando a Jorge Luis Borges: *“(Nos) tocaron tiempos difíciles de vivir, como a todos”*. Pues sí, como también a Jesús.

La realidad con sus luces y sus sombras es el punto de partida de una ética, de una teología, y una pastoral contextual, siguiendo el principio de encarnación. Desde aquí, desde esta sociedad fragmentada, estamos convocados y desafiados a construir fraternidad

Todos, cristianos o no, somos desafiados a esta construcción, todos como uruguayos, o como habitantes de este país, **somos parte de lo mismo, parte del problema y parte de la solución**. La fragmentación es un problema que nos involucra, que no nos puede dejar indiferentes, o “nos salvamos en racimo”, o nos perdemos todos, incluso los que parecemos a salvo. El desarrollo que hemos priorizado -el científico técnico económico-, ha generado dos pobrezas, una material y una espiritual, como afirma Edgar Morin. Sabemos que este desarrollo ha condenado a dos terceras partes de la humanidad a la primera, pero si nos alcanza la insensibilidad, el desinterés por la suerte de los hermanos, la insolidaridad, entonces es que nos alcanzó la pobreza espiritual.

Como cristianos tenemos que vencer dos tentaciones: la del mesianismo, el considerarnos los salvadores; y, por otra parte la tentación del abstencionismo, “que se ocupen otros”. Ambas tentaciones son peligrosas.

Si, todos debemos comprometernos en esta construcción, pero como cristianos lo hacemos desde nuestro ser e identidad, en tanto seguidores de Jesús, animados por su Espíritu, conscientes de nuestra filiación del mismo Padre/Madre/Dios que nos ha dado esta creación para continuarla, y las capacidades para ello.

1. Llamados a seguir a Jesús encarnados y encarnándonos en la historia.

El estilo de vida y cercanía, el modo de construir fraternidad, no puede ser otro que el de Jesús, y priorizando lo que él priorizó y a los que él priorizó. No se trata de repetir anacrónicamente, estamos llamados a seguir a Jesús hoy, y aquí, encarnados y encarnándonos en la historia.

Por tanto la respuesta cristiana a los desafíos presentes deberá apelar a las mediaciones científicas: políticas, económicas, sociológicas, epistemológicas. Esto es parte de la encarnación, no alcanza la buena intención, la complejidad del mundo actual nos exige teoría y acciones coherentes, a partir de la inteligencia para

comprender las realidades temporales. Lo cual implica no quedarnos en los epifenómenos sino ir a las causas, entender las dinámicas de exclusión que están en la base de la fragmentación que nos interpela.

A su vez nuestro compromiso como cristianos tiene una razón de ser, un sentido, y una fuerza que nos viene de nuestro Maestro. De ahí la necesidad de beber de la fuente, de la persona histórica de Jesús.

Es tiempo de “volver a encontrarnos” con Jesús de Nazaret. ¿Dónde, en qué tiempos y sociedad, en qué escenarios se movió, de quiénes se rodeó, a quiénes en particular “salvó” Jesús?

Podemos hacer el ejercicio de leer de corrido el Evangelio según San Marcos, el primero en escribirse y el más breve. La teología de este evangelista es que Jesús es su acción, nos muestra a un Jesús que va y viene, que recorre, que no se instala, que desde su bautismo en el Jordán hasta la muerte en cruz se entrega a la prédica del Reino de Dios (Mc 1, 15) con cuerpo y alma, casi sin descansar. Predica, cura, come con los suyos y con los pecadores. Ese hacer de Jesús, lo resume Pedro *“Jesús pasó haciendo el bien”* (Hc. 10, 38).

Este evangelista aún no contaba con una fuente clave, la de “los dichos de Jesús”, con la que sí contaron los escritos de Mateo y Lucas, por eso los relatos son complementarios, y nos permiten unir los actos y dichos, que están en plena coherencia. Por ejemplo las bienaventuranzas que recogen con sus propios matices Mateo y Lucas. En Lucas tenemos también “el programa de acción” de Jesús ya en la Sinagoga de Nazaret cuando lee el texto de Isaías (Lc 4, 18-22), y luego, de modo insuperable, “las explicaciones” de lo que hace Jesús en las parábolas del samaritano, y las de la misericordia –y la alegría- del capítulo 15, que en este año estamos especialmente invitados a hacer nuestras.

Si volvemos a Jesús, constatamos que allí donde alguien queda caído en el camino, allí donde una viuda llora a su hijo muerto, allí donde un mendigo, o un pecador, quedan fuera de la mesa compartida, allí donde una mujer o un niño sufren la violencia o son “ninguneados”, allí donde la gente tiene hambre... En todos esos “allí” siempre encontramos a Jesús “salvando”, rescatando de esas situaciones de injusticia, consolando, invitando a comer, abrazando, mirando a los ojos y dialogando, enviando a los discípulos a dar de comer, bendiciendo el pan a ser compartido...

En los relatos evangélicos queda clarísimo que, sin hacer acepción de personas, hay en Jesús una peculiar sensibilidad y solidaridad para con los más pobres, y con los que sufren todo tipo de marginación. Y esa es una clave ineludible para nosotros los cristianos de este país y este tiempo, ante las fracturas sociales mencionadas, Jesús hoy también nos llama a optar y estar junto a todos los invisibilizados, los nadie, los descartables o sobrantes de la sociedad del consumo, los que los medios de comunicación estigmatizan, los que la cultura del confort nos lleva a olvidar...

“Los infiernos de la historia son también lugares teológicos”, dice González Buelta, tal vez pensar en infiernos es pensar en la crudeza de un país en guerra, o en campos de

refugiados, de los que abundan hoy, una ciudad devastada... pero más cerca y cotidianamente podemos pensar en las cárceles, en los hospitales, en el drama de la prostitución y la trata de personas, muchas de las cuales son niños y niñas, el mundo de la droga y sus redes... Pues, sin embargo, allí también encontramos la dinámica pascual: muerte y vida, cruz y resurrección, allí también nos sorprende Dios y nos habla. Quienes trabajan en esos medios saben que no falta el drama oscuro, el miedo, el dolor lacerante, pero tampoco falta en esos sitios la esperanza, la generosidad, la solidaridad y la ayuda mutua, signos inequívocos de la presencia de Dios. Por eso los infiernos de la historia no son mudos, son también lugares de revelación divina.

Y esto sucede porque cuanto más herido y frágil, más sensible es el ser humano al abrazo de Dios -y de los hermanos-, más desnudo está para sentir su tibieza, y más libre para aceptar una nueva oportunidad de vida plena. Eso fue lo que experimentaron los contemporáneos de Jesús, en especial esos desgraciados y despreciados que lo seguían por los caminos y aldeas, que se amontonaban para escucharlo o para ser mirados y tocados por él.

Otra clave que descubrimos en los evangelios: **Jesús salva desde sus entrañas de misericordia**. El encuentro con ese Jesús *“tan humano que sólo puede ser divino”*, con sus prioridades, sus gestos, su mirada, su estilo... nos pone hoy también en camino – como a los discípulos de entonces-, al oír una vez más su voz: *“ve y haz tú lo mismo”* (Lc. 10, 37). Este llamado nos pone tras sus huellas con renovado entusiasmo, pero también con humildad. (Miq. 6, 8)

Al igual que aquellos galileos ayer, también hoy muchos aquí, en especial en los márgenes, en esas periferias materiales y existenciales de las que habla el Papa Francisco, pueden experimentar la sanación-inclusión: *“Aún estamos vivos, somos parte de la gran historia de dolor y esperanza, podemos volver a empezar, y podemos salir nosotros al encuentro de otros, construir fraternidad...”* Es la dinámica pascual de los perdonados perdonadores, de los rescatados que van al rescate de otros.

Ser cristiano es “seguir a Jesús” (una categoría de movimiento y no estática). Seguirlo supone **mirar como mira, creer como cree** (más que tener fe en Jesús, se trata de vivir la fe al modo de Jesús), **amar como ama** (misericordiar, dice Francisco), **trabajar como trabaja, vivir como vive y estar dispuestos** –si fuera necesario- **a morir como muere...** Porque ya sabemos que las opciones radicales exigen pagar el precio.

Ese es el compromiso del bautizado, ser testigo; en las primeras comunidades bautizarse implicaba esto, estar dispuestos a dar la vida por la fe. Y de hecho a lo largo de la historia así ha sido, por eso **caminamos acompañados-guiados por “una nube de testigos”**. En nuestra América Latina y en nuestro país, tantas mujeres y tantos varones lo han hecho con su entrega generosa y fecunda, regando la historia con su sangre derramada o con su sudor cotidiano, gastando la vida día a día a favor de esa construcción de fraternidad.

En estos tiempos difíciles y complejos (donde hay que evitar tanto las interpretaciones como las acciones simplistas) tenemos el desafío permanente de la encarnación, una

encarnación continua, como fue la de Jesús: asumiendo los límites y las posibilidades epocales y jugándonos en ellas. ¡Pero no como francotiradores solitarios e intermitentes!

Y aquí los uruguayos tenemos muy presente los aprendizajes y desafíos que nos deja lo ocurrido en la ciudad de Dolores. No se trata de acciones aisladas. Hablamos de encarnación y de mediaciones, apuntando también a ser eficaces y que las acciones tengan en cuenta el largo plazo.

El tornado de Dolores nos ha revelado muchas cosas, desde que el cambio climático no nos es ajeno, a la solidaridad uruguaya, pasando por la toma de conciencia de la fragilidad humana... todo lo cual nos lleva a repensar mucho a distintos niveles. La solidaridad fue conmovedora: tantos camiones cargados rumbo a Dolores, tanto dinero reunido en pocos días, y sobre todo tantas personas adultos y jóvenes que nunca habían ido a esa ciudad y fueron a colaborar de diversos modos. Pero, ¿qué pasará dentro de un año?, Dolores ya no será noticia, ni irán miles de donaciones ni de voluntarios hacia allí, entonces, ¿cómo organizar a largo plazo una solidaridad que vele por la reconstrucción de las viviendas, pero también por el trabajo digno y bien pagado de tantos que han quedado sin fuentes laborales?, ¿cómo organizarnos para evitar la migración masiva e impulsiva de hombres y jóvenes?, ¿cómo estar atentos a las mujeres y niñas que han quedado en situación de mayor vulnerabilidad para que no sean víctimas de organizaciones mafiosas? Reconstruir Dolores es responsabilidad de todos los uruguayos, desde el Estado, a los particulares pasando por las empresas. Hemos seguidores de Jesús entre los "ciudadanos de a pie", pero también en el Estado, en las empresas. Con el estilo de Jesús, con sus prioridades, todos vamos a tener que estar atentos para no olvidar y para hacernos cargo responsable e inteligentemente del pueblo de Dolores. Y por supuesto Dolores es sólo un ejemplo. ¹

2. Llamados y enviados al seguimiento comunitario.

El centro de la prédica de Jesús fue el Reino de Dios, ese modo de relaciones nuevas donde reinen otros valores que los dominantes en aquel tiempo -y en este-, valores humanizantes. Jesús dice en Marcos que está cerca (Mc 1, 15), en la versión de Lucas que ya está aquí (Lc. 17. 21), en Mateo habla del Reino de los cielos, en Juan se habla de Vida y vida abundante. Modos diversos de expresar la novedad. Reino que hay que

¹ Otro ejemplo. Sabemos que Jesús "salvó" a la mujer sorprendida en adulterio. Hoy y aquí no se mata las mujeres a pedradas, se las mata en el propio hogar, o en un prostíbulo como sucedió hace poco, o se las alquila por un refuerzo, unos cigarros o una dosis de droga en un callejón, o son víctimas de engaños y acaban en la trata de personas. Y también de modo más sofisticado se "cautiva" a chicas jóvenes, lindas, y de clase media para el modelar y otras actividades que acaban siendo muy peligrosas y que van destruyendo su subjetividad y dignidad.

Ante estas realidades ¿qué es seguir a Jesús hoy? Sin duda proximidad, "proximidad", con las víctimas, pero no sólo estar junto a ellas compasivamente, sino lograr "salvarlas", para eso necesitamos elegir las herramientas adecuadas para que no haya más víctimas de género, ni violaciones a los DDHH de las mujeres, es necesario procurar desatar los odios, las patologías, y las condiciones socioeconómicas y culturales que llevan a estas situaciones a tantas mujeres. Será necesario tratar el tema de la violencia atendiendo las causas, y procurar salidas laborales para las mujeres en situación de vulnerabilidad material y afectiva; estar atentos a promover programas políticos y sociales ya existentes; crear instituciones y alternativas de vida digna para las mujeres y las niñas; trabajar por una educación pertinente y de calidad, una educación realmente incluyente capaz de darles herramientas para la construcción de subjetividades dignas, capaces de reconocerse como personas con derechos y de exigir el reconocimiento de los demás.

acoger, recibir, y realizar, digamos materializarlo, aunque siempre imperfectamente, pues lo perfecto no ha llegado, somos peregrinos...

Jesús predica y hace presente el reino con muchos signos, el propio Jesús es esa novedad de Dios que irrumpe en la historia, y la significa con gestos sanadores, incluyentes. Mateo lo expresa en la respuesta de Jesús a Juan el bautista cuando manda preguntar desde la cárcel si es él o hoy que esperar a otro: *“Vayan y díganle a Juan que los ciegos ven, los paralíticos caminan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, y la buena noticia es anunciada a los pobres”* (Mt. 11, 5-6). Como ya dijimos antes, los seguidores estamos llamados a hacer lo mismo.

¿Cuál fue el modo de predicar “el Reino de Dios está cerca” y de hacerlo visible, reconocible? Jesús elige vivir, moverse, actuar, rescatar, en comunidad. La novedad de Jesús como Maestro es el movimiento que provoca con su prédica es itinerante, siempre rodeado de una muchedumbre. Para su misión convoca a los discípulos (Mc. 3, 13-19 y paralelos) y lo siguen numerosas discípulas (Lc. 8, 1-3), vale decir forma la comunidad de los seguidores, una comunidad en círculos concéntricos cada vez más amplios, formada por los “Doce”, que llama para *“estar con él y darles poder de expulsar demonios”*, por los y las que dejan todo para seguirlo, pero también por amigos que los reciben en sus casas, y los que salen de ellas para escucharlo.

Esta es una clave fundamental para el seguimiento, **la fe cristiana es comunitaria**, seguimos a Jesús como Pueblo de Dios (categoría elegida por el Concilio Vaticano II), **Vivir la fe en forma comunitaria, no es marginal, sino central en el proyecto de Jesús.** No es lo mismo caminar a solas que con otros, como lo hizo Él, además el Dios en el que creemos es Trinidad, comunidad de personas.

Aprendemos a conocer y a seguir a Jesús en pequeñas comunidades donde se lee la Palabra a la luz de la vida de los miembros y del pueblo, se construyen vínculos cara a cara, y se disciernen las grandes y las pequeñas batallas contra la fragmentación y a favor de la vida y la dignidad.

Otro aspecto a destacar en este punto, es la necesidad de “escrutar a fondo los signos de los tiempos”, como nos dice el Concilio: *“Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza...”* (GS 4). Y agrega que la expresión “signos de los tiempos” debe usarse para *los signos positivos que construyan la historia*, y no para los negativos. También plantea que *deben afectar a todos los hombres, cristianos o no.*

Los seguidores de Jesús estamos llamados a descubrir esos signos en las semillas de vida y esperanza que brotan, a alegrarnos y cultivar esos brotes donde aparezcan. Indudablemente hay signos dolorosos de fractura en nuestra sociedad, pero también hay múltiples ensayos de construcción de fraternidad, son los signos y los “milagros” que hoy nos alientan. Parafraseando a Eduardo Galeano son como fueguitos -un mar de fueguitos-, a veces dispersos aquí y allá.

No importa si son encendidos por cristianos o por “otros”, pero estamos invitados, sí, a reconocerlos, cuidar, alentar, alimentar y a unir esos fueguitos de resistencia y construcción de dignidad con otros, que descubrimos como signos de los tiempos que anuncian ya en arras que *“otro mundo es posible”*. O dicho al modo del profeta Isaías, Dios siempre está haciendo brotar algo nuevo, sólo hay que notarlo (Is. 43, 19)

Así lo dice el Concilio: *“El Pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios. La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la entera vocación del hombre. Por ello orienta la mente hacia soluciones plenamente humanas”*. (GS 11)

Se trata de estar atentos al vuelo del Espíritu, para seguirlo, de sentir su soplo y animarnos a caminar con dirección: pues no es lo mismo caminar que deambular. Volviendo el principio de encarnación, son tiempos difíciles y la misma complejidad nos exige pensar juntos y juntas. En este tiempo de construir fraternidad, es fundamental el estar muy atentos, y “aprender a ser sabios competentes” en arte de **discernir estos signos de vida y esperanza en comunidad, como Pueblo de Dios.**

3. Invitados a ser seguidores desde una fuerte vida de oración.

¿Cómo contemplaba Jesús la realidad, desde dónde, con qué mirada? Los evangelios nos muestran una y otra vez que **Jesús es un hombre de oración, que busca el rostro y la voluntad del Padre en la noche, en el silencio, en largos tiempos de “encuentro”**. Las grandes decisiones las toma en oración, allí temple su espíritu en el Espíritu, podríamos decir, en el Amor que lo une al Padre. (Mc. 1,35)

Pero la referencia es permanente, así también Jesús agradece con gozo al Padre revelar sus secretos a los pequeños (Lc. 10, 21) o levanta los ojos al cielo para bendecir el pan que va a compartir con los suyos o con la multitud (Mc. 6, 41; 11, 25; 14, 35). **Jesús mira la realidad desde Dios**, de ahí su capacidad para “ver” y su creatividad para ilustrar con parábolas llenas de poesía, a la par que sencillez, ese reino de Dios adviniente. **Y tan identificado está con esa mirada que embellece la cotidianidad** de amasar el pan, sembrar, buscar una moneda perdida, esperar un hijo que se fue... **Así contempla Dios su creación y sus criaturas**, y así contempla Jesús, hombre de oración en la que se va descubriendo Hijo de Dios, **pleno de ternura, alegría y/o compasión.**

El seguimiento exige unidad con el Maestro, como los sarmientos a la vid (Jn. 15, 5- 9)) **y esa unidad, ese hacerse uno con Jesús y su causa (el Reino), exige una vida de oración, que a su vez nos moverá al compromiso cotidiano**, iluminándonos, alentándonos y sosteniéndonos en las dificultades, que las hay siempre cuando se vive en serio el ser cristianos. Oración comunitaria, participación en la liturgia y los sacramentos, pero también personal, “en lo secreto”...

Recordemos también que **estamos llamados todos a la santidad en nuestro propio estado de vida** (Lumen Gentium). Por tanto se trata de una santidad encarnada,

histórica. Aquí muchos recordamos a Patricio Rodé, ese laico tan entrañable, *“estamos llamados a construir ciudadanía y eclesialidad a la vez”*. Cultivar la santidad en nuestro estado, pide una forma de oración en íntima relación con nuestra vida y quehacer en el mundo.

Así los laicos tenemos que aprender a rezar la cotidianidad, leyendo el diario, o analizando planes políticos y económicos; rezar nuestros trabajos y los ires y venires llevando a los hijos o nietos a la escuela; rezar cuando amamos, y cuando llega el fracaso; en los días de ilusión y en las oscuras noches de la enfermedad o el cansancio. Rezar la vida, la propia, y la de nuestro mundo fragmentado, y rezar para no dejar de soñar y construir reino, fraternidad... Orar quizá levantando los ojos, como Jesús, para alabar y ofrecerle todo al Padre, también para interrogarle y auscultar su voluntad...

Rezar como laicos para afrontar los compromisos históricos y *“hacer lo mejor que se puede, lo que se pueda. Más no se puede. Y hacerlo con alegría y paz”* (versión adaptada de una expresión del filósofo Wittgenstein)

No se trata de elegir entre ser contemplativos o activos, se trata de una unidad indisoluble y a la vez incómoda, de una relación dialógica continua, tan exigente como vital y liberadora (tanto de la impotencia como de la omnipotencia).

San Alberto Hurtado, sacerdote, jesuita, que fue tan contemplativo como hombre de acción incansable, nos recuerda esa dialéctica, muy válida también para laicos y laicas que somos: *“Sería peligroso, sin embargo, bajo el pretexto de guardar el contacto con Dios, refugiarnos en una pereza soñolienta. Entra en el plan de Dios ser estrujados... Si uno quiere guardar celosamente sus horas de paz, de dulce oración, de lectura espiritual, de oración tranquila... temo que seríamos egoístas, servidores infieles. La caridad de Cristo nos urge... Pero, con todo, orar, orar... Después de la acción hay que volver continuamente a la oración para encontrarse a sí mismo y encontrar a Dios... Esta vida de oración ha de llevar, pues, al alma naturalmente a entregarse a Dios, al don completo de sí misma... Darse, es cumplir justicia; darse, es ofrecerse a sí mismo y todo lo que se tiene...darse, es dilatar su corazón... darse, es amar para siempre y de manera tan completa como se es capaz.”*

Una fuerte vida de oración nos recuerda que no estamos solos, que Dios no abandona la obra de sus manos. Y su obra es creación, vida, salvación, pan compartido, plenitud para todos... obra en la que nos llama a colaborar construyendo su sueño de fraternidad “aproximándonos”, haciéndonos prójimos de todos porque somos parte de lo mismo, parte del problema y de la solución.

Nos animan algunas palabras-envío: *“Ánimo compañeros, que la vida puede más”* ... A tiempos difíciles, opciones valientes... *“Yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin de los tiempos”* (Mt. 28, 30)